

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

16



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1975

VERSIÓN FEMENINA Y VERSIÓN MASCULINA
DE LO HUMANO

DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE
Presidente del Centro de Estudios Humanísticos
de la U.A.N.L.

Lo HUMANO puede realizarse de modo masculino o de manera femenina. El ser humano se da en situación sexuada. No confundamos lo sexual y lo sexuado. Mientras lo sexual se ejerce durante una época de la vida, lo sexuado nos acompaña desde la cuna hasta la tumba. Se nace hombre o se nace mujer. Desde el punto de vista somático y psicofísico, se trata de dos diversas realidades, sin mengua de la fundamental unidad del ser humano. Tan persona humana es el hombre como la mujer. No hay dos especies humanas, pero sí existen dos versiones de lo humano, dos polos que se implican y complican. Para comprender mejor a la mujer se necesita conocer al hombre y para conocer mejor al hombre se requiere conocer a la mujer.

Vivir en el mundo es existir instalado en un sexo, desde el cual se proyecta la existencia y la salvación. Puede haber comportamientos sexuales o asexuales. Lo que no cabe es actuar asexualmente. La Antropología Filosófica no puede centrarse en el problema del sexo —aunque no lo pueda desconocer— porque anda en pos de las primalidades de lo humano. Y una de estas primalidades es la situación sexuada. Más que hablar de una “Metafísica de los sexos humanos” que parten en dos porciones a la Antropología Filosófica, habría que intentar construir una óptica de la situación humana sexuada. Ser hombre o ser mujer es estar en el mundo de un modo radical y originalmente diverso. Desde ese modo se convive, se interpreta la circunstancia y se busca la trascendencia.

El varón posee su sexo de manera abrupta, violenta a veces, inadecuada a menudo. La mujer es su sexo de modo natural, espontáneo, unitario. Gran parte de su contextura corporal se halla abocada a la maternidad. Pero la

maternidad en la mujer no sólo es cuestión física, sino psíquica. Trátase de un sentimiento profundo, difuso, palpitante, tierno. Estamos ante la vocación primordial, ante el núcleo más íntimo de la feminidad. La maternidad psíquica de la mujer se extiende a la humanidad entera. Las monjas se apartan de la maternidad física para acercarse más a la maternidad psíquica. Por algo se les llama "madres". La maternidad no es tan sólo un hecho fisiológico, sino una suave y protectora compenetración con la realidad de la vida, que actúa como contrapeso y complemento de la virilidad.

Al varón le corresponde la fortaleza (*andreia*), el impulso de invocar, el gusto por las grandes abstracciones. . . A la mujer le corresponde la gracia, la estabilidad cósmica, la facultad intuitiva. . . La mujer —como observa Pedro Caba— es un ser botánico, floreal, "traspira sensualmente como las hojas, como los pétalos. . . La mujer tiene sentido forestal, alma de bosque. Como el bosque, el alma femenina es unidad múltiple, totalidad numerosa, cuya esencia está en su numerosidad desordenada. . . Todo varón que enamora a una mujer tiene la conciencia última de que pone orden a un caos, pero también de que traza senderos y tala un bosque" (*¿Qué es el hombre?*, págs. 106 y 107). Los poetas que escriben en prosa apuntan lo telúrico y lo marino en la mujer, frente al varón nauta y andariego. Ab-negarse es una forma máxima de ser en lo femenino, su valor más peculiar. Ese exquisito sentido de comunidad que tiene la mujer —por su vocación a la maternidad— le lleva a la comunidad en el valor, a la compasión universal y hasta a la voluntad de morir por otro, de no ser para que otro sea (maternidad heroica).

El varón es abrupto y suele ser insolidario. Lo femenino viene para consolarle, para poblar su soledad. Se habla de la incompletud femenina; se nos dice que la mujer es un ser radicalmente incompleto, que tiene conciencia de su lateralidad fundamental. Yo no creo que la incompletud sea una exclusiva de la mujer. Trátase de una nota esencial a la finitud del ser humano.

El sentimiento del cuerpo en cada sexo es diferente. La fina y aguda sensibilidad intracorporal de la mujer nunca la alcanza el hombre. Mientras el cuerpo expresa a la mujer en perfecta adecuación, al hombre le estorba con cierta frecuencia. En su morfología corporal más típica, el varón es agudo y aristado; la mujer es concéntrica. Por eso gusta del espacio recogido —su casa, su cuarto—, por eso es recatada. El varón es franqueza, apertura, descubrimiento, acción. La mujer es misterio, intimidad, encubrimiento, indecisión. Porque vive enfundada de su régimen corporal, muestra el temperamento a flor de piel. El varón, en cambio, se distancia más de su cuerpo, se impone un régimen fisiológico y funda un carácter. La mujer se siente tiempo interior, ritmo vital. El varón siente que no es pero que tiene que ser fuerte, sabio, poderoso, seguro. La mujer sabe que es débil, curiosa, menesterosa, insegura.

Un hombre se acerca a la mujer en plan protector, retador, posesivo. La mujer deja que se le acerque —si quiere— para mejor envolverle y aquietarle. A la galantería corresponde la coquetería. "Lo propio y peculiar de la coquetería consiste en producir el agrado y el deseo —advierde el filósofo alemán Georg Simmel— por medio de una antítesis y síntesis típicas, ofreciéndose y negándose simultánea o sucesivamente, diciendo sí y no 'como desde lejos', por símbolos e insinuaciones, dándose sin darse, o, para expresarnos en términos platónicos, manteniendo contrapuestas la posesión y la no posesión, aunque haciéndolas sentir ambas en un solo acto" ("Filosofía de la Coquetería", en el libro *Cultura femenina y otros ensayos*, págs. 56-57, Colección Austral). La moderada coquetería —y esto no lo dice Simmel— tiene un sentido óntico final: ponerse al servicio de un amor que nunca acaba de agotar su último encanto. Algo de la mujer se nos fuga siempre. Ser alado, mitad presente mitad ausente, la mujer es —y será siempre— arcano. La "lógica pura" no le preocupa. Pero acaso tenga una mayor dosis de "razón vital", de intuiciones concretas, de corazonadas certeras.

Si el hombre, o mejor aún, el ser humano no es asexuado, resulta natural que la cultura tampoco lo sea. Nuestra cultura —arte, filosofía, ciencia, industria, comercio, Estado y Derecho— es masculina, porque la han hecho los hombres. Pero nada impide imaginarnos una futura cultura femenina. Piénsese, por ejemplo, en una política femenina —intuitiva y concreta— o en un Derecho con un peculiar sentido femenino de la justicia. En su penetrante estudio sobre la cultura femenina, Georg Simmel nos hace notar que "en la mujer la periferia está más estrechamente unida con el centro, y las partes son solidarias con el todo; que en la naturaleza masculina. Y así resulta que cada una de las actuaciones de la mujer pone en juego la personalidad total y no se separa del yo y sus centros sentimentales. En cambio en el hombre existe esa diferenciación, que le permite recluir su trabajo en la región de la objetividad, haciendo así compatible el especialismo inánime con una existencia personal colmada de espíritu y vida (aunque no faltan casos en que esta última se marchita por culpa del primero)" (*Cultura femenina y otros ensayos*, pág. 16). Si las mujeres se ofenden más pronto que los hombres en iguales circunstancias —observa el mismo filósofo germano— es porque "sienten en toda su persona un ataque que no iba propiamente dirigido sino a un punto singular". Son naturalezas unitarias, cerradas, cohesivas, fieles (a personas, intereses particulares, emociones), piadosas.

El cuerpo del hombre, enérgicamente modelado, es más significativo que bello. Hay una fuerza expresiva de formas unidas a la angulosidad. Las formas curvas de la mujer, la fluencia de líneas no interrumpidas, la falta de barba son rasgos que se acercan más al ideal estilístico de unas líneas que se desen-

vuelven en torno a un centro. La mujer es centrífuga en su cuerpo y en su hogar. La "casa" es todo un mundo de contenidos vitales ordenados según pautas femeninas: muebles, cortinas, flores, jardín, comida, régimen familiar. . . La vida entera de la mujer se plasma en el valor hogareño. Para el hombre, la casa es un fragmento —aunque importante— de su vida. Desde la coexistencia hogareña, la mujer moldea, en buena parte, el alma de su marido y de sus hijos. Ella transmite valores esenciales. El hombre, escindido por una violenta dualidad, oriéntase "hacia la transformación, el saber y la voluntad". La mujer busca "una perfección reclusa en lo íntimo del ser". Nos encontramos muy distantes de la tesis del atormentado y trágico pensador austríaco, Otto Weininger, cuando afirma: "La sexualidad exclusiva y continua de la mujer, tanto en la esfera psíquica, como en la somática tiene aún más amplias consecuencias. El hecho de que la sexualidad sea para el hombre tan sólo un apéndice, y no constituya todo el objeto de su vida, le permite separarla *psicológicamente* del resto de sus actividades, y con esto su *concienciación*. Así, el hombre puede enfrentarse con su sexualidad y separarla de las otras exigencias de su vida. En la mujer la sexualidad no se puede separar de la esfera no sexual ni por una limitación cronológica en su aparición ni por su órgano anatómico. En consecuencia, el hombre conoce su sexualidad, la mujer, en cambio, no es consciente de ella, y de buena fe puede ponerla en duda, *porque la mujer no es otra cosa que sexualidad, porque es sexualidad misma*" (*Sexo y carácter*, pág. 128, Biblioteca Filosófica Losada). Cuando la mujer realiza cálculos matemáticos o expone la analítica existencial de Heidegger, no cabe decir que es pura sexualidad. Weininger no distingue el carácter sexuado de la función sexual. Y en el nivel espiritual, propio de la persona humana, no interviene la condición sexuada.

Las excelencias varoniles —el talento científico, artístico o filosófico, la destreza política, financiera o deportiva, la heroicidad moral o guerrera— han florecido sobre la historia de una civilización preponderantemente masculina. Dentro de este contexto, la mujer aparece en el mundo masculino como la otredad inesencial, como la compañía en la privacidad del hogar y la influencia oculta. Me parece que en el próximo viraje de la historia vamos a tener una cultura dualista —masculina-femenina— más equilibrada. Pero aun ahora hay un peculiar ser y estar de la mujer que presta tonalidad y estilo. Con su habitual galanura y perspicacia, José Ortega y Gasset observa: "Como al presentarse la luz, sin que ella se lo proponga y realice ningún esfuerzo, simplemente porque es luz, quedan iluminados los objetos y cantan en sus flancos los colores, todo lo que hace la mujer lo hace sin hacerlo, simplemente estando, siendo, irradiando. Y es curioso advertir como este carácter, que da a todo movimiento femenino un aire más bien de emanación que de acto

regido por finalidades externas, luce en cada uno de sus oficios peculiares. ¿Es, por ventura, trabajar lo que hace la madre al ocuparse de sus hijos, la solicitud de la esposa o la hermana? ¿Qué tienen todos esos afanes de increíble misterio, que les hace como irse borrando conforme son ejecutados, y no dejar en el aire acusada una línea de acción o faena? Pues esta fluidez del acto es eminente en el oficio titular de la mujer. La mujer, en efecto, parece no intervenir en nada; su influjo no tiene el aspecto violento o siquiera afanado propio a la intervención masculina. El hombre golpea con su brazo en la batalla, jadea por el planeta en arriesgadas operaciones, coloca piedra sobre piedra en el monumento, escribe libros, azota el aire con discursos y hasta cuando no hace sino meditar, recoge los músculos sobre sí mismo en una quietud tan activa, que más parece la contracción preparatoria del brinco audaz. La mujer, en tanto no hace nada, y si sus manos se mueven, es más bien en gesto que en acción. Sobre un sepulcro de la vetusta romana republicana, donde descansó el cuerpo de una de aquellas matronas genitrices de la raza más fuerte, se leen junto al nombre estas palabras: *domi seda, lanifica*; guardó su casa e hiló. Nada más. Nos parece ver la noble figura quieta en su umbral, con los largos dedos consulares enredados en el blanco vellocino.

"La influencia de la mujer es poco visible precisamente porque es difusa y se halla dondequiera. No es turbulenta como la del hombre, sino estática, como la de la atmósfera. Hay evidentemente en la esencia femenina una índole atmosférica que opera lentamente, a la manera de un clima. Esto es lo que quisiera sugerir cuando afirmo que el hombre vale por lo que *hace*, y la mujer por lo que *es*" (*Estudios sobre el amor*, págs. 29-30, Colección Austral). Yo diría que el hacer es una traducción exterior del existir, del ser. Y que no se puede ser sin hacer, porque la vida es quehacer. Menos aún podría admitir el aserto de José Ortega y Gasset, en el sentido de que mientras el progreso del hombre consiste en fabricar cosas cada vez mejores, el progreso de la mujer estriba en "hacerse a sí misma más perfecta creando en sí un nuevo tipo de feminidad más delicado y más exigente" (*locus cit*). El imperativo de autorrealización rige por igual en el caso del varón y en el caso de la mujer. Ciertamente que la mujer —madre, novia, amiga— exige perfección al hombre, le reforma y le depura. "Sin hacer nada, quieta como la rosa en su rosal, a lo sumo mediante una fluida emanación de leves gestos fugaces, que actúan como golpes eléctricos de un irreal cincel, la mujer encantadora ha esculpido en nuestro bloque vital una nueva estatua de varón. Diríase que hay dentro del alma femenina un imaginario perfil, el cual aplica sobre cada hombre que se aproxima. Y yo creo que es así: toda mujer lleva en su intimidad preformada una figura de varón, sólo que ella no suele saber que lo lleva. El fuerte de la mujer no es saber sino sentir. Saber las cosas es tener

sus conceptos y definiciones, y esto es obra de varón. La mujer no sabe, no se ha definido ese modelo de masculinidad, pero los entusiasmos y repulsas que siente en el trato de los hombres equivalen para ella al descubrimiento práctico de esa carga ideal que insospechada traía en su corazón”, apunta Ortega. (*Ibid*, pág. 31). Dejemos a un lado la tajante separación entre saber —que no es faena exclusiva del varón como parece creerlo Ortega— y sentir —que no es una exclusiva de la mujer, aunque sus sentimientos suelen ser más delicados— y quedémonos con esa maravillosa función modeladora de la madre y de la novia, de la esposa y de la hermana. Ellas educan, pulen sensibilidades y cosmovisiones mejor que los pedagogos y los políticos.

En un libro ejemplar publicado por la condesa de Campo Alange, cuando me tocó residir en España realizando estudios y conociendo a un pueblo, se habló —y ése es el título de la obra— de “La secreta guerra los sexos”. Yo prefiero hablar —y tengo mis motivos para ello— de la ostensible y creciente colaboración de los sexos, sin desconocer las realidades históricas apuntadas por la distinguida autora española. Es posible que la humanidad —como lo apuntó Bachofen— vivió en su principio en un régimen de promiscuidad sexual. Tras la sublevación femenina vino al matriarcado (linaje, herencia y poder político pasaron a manos de la mujer). Recientes estudios muestran que no es fase obligada de la evolución social, sino fenómeno aislado. Surge cuando la agricultura —iniciada y cultivada por la mujer— adquiere un valor económico superior al de la caza. La alfarería y los tejidos fueron inventos y obras de mujeres. Pero entre las tendencias matriarcales y las patriarcales, fueron estas últimas las que predominaron. Se llega a confundir el derecho conyugal con cualquier otro derecho de propiedad. Se acumulan mujeres, en algunas tribus, como se acumula ganado. En Atenas, sólo las cortesanas tienen el privilegio de oír las conversaciones de los filósofos. Recuérdese que Sócrates y Pericles frecuentaban la casa de la cortesana Aspasia. Hoy en día, el padre ya no ejerce oficio de sacerdote y de juez. Apenas tiene autoridad —de índole moral y afectiva— sobre sus hijos. La mujer soltera se despide de su pasado tradicional, siéntese libre y no sabe aun como emplear su libertad. ¿Estamos seguros de que la mujer ha sido alguna vez lo que ella quiso ser? ¿Pudo ser en algún momento ella misma?, se pregunta la condesa de Campo Alange. Dos mil años de historia han marcado la forma psicológica femenina con cicatrices deformativas. Dos mil años de asimilar una cultura de carácter exclusivamente varonil, no se olvidan ni se superan fácilmente. La esencia de lo femenino, en su más recóndita intimidad aparece velada. Durante muchos años las mujeres se han visto precisadas a disfrazarse exteriormente —y hasta mentalmente— de varones para introducirse en las universidades y en la cultura sin despertar desconfianzas. Lastania usaba atuendo varonil para escu-

char las lecciones de Platón. Y Paulina Hortensia de Castro —ilustre dama portuguesa— tuvo que disfrazarse de varón (en las postrimerías del siglo XVI) para poder estudiar en la Universidad de Coimbra. Otro tanto hizo Concepción Arenal para ingresar en la Universidad de Madrid y Susana Freeman para entrar a la Universidad de Cambridge. Siglos y siglos ha vivido la mujer recluida, atemorizada, ignorante. No debemos sorprendernos de que en esta atmósfera histórica todavía no se haya podido producir una gran filósofa o matemática. Tampoco pueden ser decisivos los tópicos sobre la psicología de los sexos: *la mujer es intuitiva, afectiva, sensitiva, erótica, subjetiva, centrípeta*. Y al hombre se le atribuyen los rasgos opuestos: *reflexivo, activo, abstracto, lógico, objetivo y centrífugo*. Se dice que la mujer *es* y el hombre *va siendo*. “Lo femenino —observa Oswald Spengler— está más próximo al elemento cósmico, más hondamente adherido a la tierra, más inmediatamente incorporado a los grandes ciclos de la naturaleza. Lo masculino es más libre, más animal, más movedido, y en el percibir y comprender, más despierto, más tenso” (*La decadencia de Occidente*, tomo IV, cap. IV). Por medio de su vientre, la mujer establece una unión entre el pasado y el futuro, como si fuera planta fructífera. El hombre vive en equilibrio inestable, con la preocupación de asirse a la tierra y grabar su nombre en la historia. M. Varting, profesora de Pedagogía de la Universidad de Jena, ha afirmado categóricamente: “comparar el hombre a la mujer es comparar dos órdenes de grandeza distintos, pues desde hace más de dos mil años el sexo masculino domina al sexo femenino. Colocados en condiciones sociales idénticas, el hombre y la mujer se desarrollarían de manera análoga” (*Die Weiblich Eigenart im Männerstaat und die männliche Eigenart in Frauenstaat*, Braun, Karlsruhe, 1923). Ciertamente habrá que marchar hacia una nueva psicología de los sexos. Pero esta psicología nunca podrá desconocer este *factum* radical apuntado por la condesa de Campo Alange: “El hombre nace y muere *solamente*; la mujer, además, tiene entre su principio y su fin una floración carnal. Intermedio violentamente físico, hondamente humano y trascendente, que es el de *dar vida a otra vida*” (*La secreta guerra de los sexos*, segunda edición, pág. 107, Ed. Revista Occidente). La potencia espiritual de la maternidad psíquica —contrapeso y complemento de lo viril— está más allá del hecho fisiológico. La futura civilización humana deberá contar —si quiere ser más estable y humana— con formas sociales y políticas que recojan el elemento femenino. Al crear al ser humano a imagen suya, Dios quiso que hubiese dos sexos y “criólos varón y hembra”.

A partir del Medioevo y Renacimiento, la mujer empieza a ganar libertades y prestigio. Deja de ser “nodriza del germen sembrado en sus entrañas”, como se le llama en la Grecia del juicio de Orestes, y reclama su

participación en la cultura y en la comunicación espiritual con el hombre. Por este diálogo elevado, que apenas se inicia, podemos entrever una cultura más integral y armónica en el próximo futuro. "La humanidad ha sido privada de una equitativa y armónica participación de las dos tendencias que Dios creó en el hombre y en la mujer. Y no cabe posible equilibrio social dentro de una fórmula unilateral. Ni la primitiva y ocasional ginococracia oscura y maternal, conservadora de la especie, biológicamente fecunda y enraizada misteriosamente al cosmos; ni el triunfo absoluto del concepto viril, abstracto, metafísico, numérico, que nos ha conducido hasta el escalofriante maquinismo", concluye por decir la condesa de Campo Alegre (*Ibid.*, pág. 234).

Me parece demasiado precipitado y simplista atribuir a la diversa morfología y endocrinología genital el carácter activo, creador y penetrante en todos los sectores de la vida que hasta ahora ha ostentado el varón, y la forma tenaz, entregada y difusiva que ha mostrado la mujer. Innumerables factores histórico-contingentes intervienen en la plasmación de una cultura eminentemente viril. No se ha apreciado, bastante, esa exquisitez femenina para rastrear el relieve de lo existente, esa fina y genial sistematización del detalle. En cambio se ha hablado, hasta la saciedad, del poder abstractivo del hombre, de su capacidad para las grandes síntesis. Es preciso crear un clima propicio para la integración de la versión masculina y de la versión femenina de lo humano, como dos aspectos complementarios y originales de la Realidad. La historia nos enseña que la mujer, por su sola presencia, difunde valores —o desvalores— en todos los ámbitos. La atmósfera del hogar, la síntesis vital radica en la mujer. Su poder de observación y su aptitud intuitiva nos prestan inestimables servicios. Pero el varón es más objetivo y está más lejos del peligro del subjetivismo. Genitalmente, la mujer no es inferior al hombre. Espiritualmente, tampoco, sólo es diferente. Es hora de que varón y mujer asuman —consciente y responsablemente— su diversa y original condición sexuada. Los órganos del amor no deben producir vergüenza, sino respeto. La hondura y el misterio del sexo no pueden reducirse a pasatiempo, a pornografía o a pudor mojigato. Los niños requieren una limpia y cristiana formación sexual que sea orgánica y gradual. El sexo es un don de Dios, una perfección a partir de la cual tiene su significado toda paternidad o toda maternidad. ¡Basta de tremendismo moral! Lo sexual no debe ser recluso a la categoría de lo nefando, inconfesable y prohibido, ni a la región del morbo, la clínica impudicia, y el exhibicionismo degenerado. En todo caso, el centro de gravedad de la convivencia del hombre y mujer no es —ni siquiera en el matrimonio— lo sexual, sino lo *personal*, y más aún lo *divino*. Por importante que sea, lo sexual no pasa de complemento y de incremento. La persona in-

forma a la sexualidad y no la sexualidad informa a la persona. El cariño y la unión personal está muy por encima del acoplamiento infrahumano. Por el sexo participamos en "una fuerza creadora superior, transpersonal y cósmica". Por lo sexuado realizamos una creatividad espiritual —masculina y femenina— que proviene de nuestro ser religado a Dios y toca los más profundos e íntimos estratos de lo humano.

La versión masculina y la versión femenina de lo humano posee un elemento dinámico, un factor relacional y un valor propio. Son versiones complementarias que fecundan y enriquecen la vida espiritual. Son itinerarios hacia Dios. Alrededor de los valores encarnados por la mujer y de los valores realizados por el hombre gira el mundo. Y aún hay formas inéditas de ser hombre y de ser mujer.